

Editorial

Ubuntu



Eduardo Pizarro Leongómez

En 1990, el sistema de discriminación racial en Sudáfrica era insostenible. El gobierno de la minoría blanca liderada por Pieter W. Botha sufría un grave aislamiento diplomático y un creciente bloqueo comercial mientras en el interior del país se agudizaban los enfrentamientos sociales y la violencia política. En este difícil contexto, es designado como presidente, Frederik de Klerk, quien libera a los presos políticos el 2 de febrero de 1990 y a Nelson Mandela, el más prestigioso de todos, nueve días más tarde. El año siguiente, además de la legalización de los partidos de oposición, el gobierno desmonta las leyes que regían el aberrante sistema de la discriminación racial (el apartheid, en lengua afrikanner).

Durante cuatro largos y difíciles años se desarrollan unas intrincadas negociaciones entre el líder del Congreso Nacional Africano (ANC), Nelson Mandela, y el presidente de Klerk a nombre del Partido Nacional, las cuales culminarán con la decisión de impulsar unas elecciones democráticas amplias que llevarán al poder a Mandela. El líder de la mayoría negra obtiene el 63% de los votos en los comicios celebrado en abril de 1994.

A pesar del amplio triunfo, Mandela se encuentra con una peligrosa encrucijada debido a la presión de los radicales negros -que juegan al todo o nada- y a los radicales blancos que temen perder sus privilegios de siglos. El líder negro enfrenta dos opciones: una, imponer a sangre y fuego el poder de la mayoría negra como habría de hacer su vecino de Zimbabwe, Robert Mugabe y el partido Unión Nacional Africana - Frente Patriótico (ZANU-PF). Otra, construir una nación multirracial en la cual encontrarán cabida todas las comunidades existentes en Sudáfrica. Mientras que el camino escogido por Robert Mugabe condujo a su país al desastre económico y a la miseria generalizada, la vía que tomó Mandela permitió que Sudáfrica avanzara, no sin dificultades, hacia un futuro más luminoso.

No era fácil. En un clima de polarización extrema, ¿cómo construir un futuro compartido fundado en el respeto mutuo? En su biografía de Nelson Mandela, el ex ministro de cultura francés, Jack Lang (Nelson Mandela, Editorial Anagrama, 2007), cuenta que la inspiración la encontró en el profesor de derecho, Kader Ismal, miembro del ANC. Ismal, especialista en derechos humanos, en su discurso de posesión en la Universidad de Ciudad del Cabo-Oeste, plantea una alternativa entre la amnistía y la condena: la tradición africana del ubuntu.

El ubuntu hace relación, según Jack Lang, al comportamiento que debe sostener un hombre frente a otro hombre, aún siendo este último un criminal. "Dado que la armonía social es el bien supremo, debe ofrecerse al culpable la posibilidad de reintegrarse en la comunidad, siempre que haga una confesión pormenorizada de sus actos y reconozca el daño que le ha causado" (p. 193). Ubuntu, palabra proveniente de las lenguas zulu y xhosa, hace referencia a una regla ética que determina las relaciones de lealtad que deben guiar a los seres humanos. El término ha sido traducido de distintas maneras: "humanidad hacia otros", "soy porque ustedes son", "una persona se hace humana a través de las otras personas", "una persona es persona en razón de las otras personas".

Retomar esta tradición cultural africana e introducirla en el proyecto del renacimiento de su país es acogida con mucho entusiasmo por Mandela. Éste somete al Congreso la Ley de Reconciliación y Promoción de la Unidad Nacional, mediante la cual aquellos que hayan cometido violaciones contra los derechos humanos pueden solicitar amnistía bajo una condición básica: la confesión pública de los hechos acaecidos. Este modelo de justicia de transición ha sido denominado "justicia restaurativa", dado que su acento se coloca en la necesidad de restaurar los lazos sociales rotos para poder reconstruir la comunidad nacional.

Desde esta perspectiva, la justicia restaurativa no se refiere solo a una dimensión micro: la reconstrucción de los lazos sociales en las comunidades de base, sino a una dimensión macro: mediante los pactos políticos suscritos en Sudáfrica y, ante todo, gracias a la Comisión de la Verdad y la Reconciliación dirigida por el arzobispo anglicano, Desmond Tutu, Sudáfrica encontró el camino para superar el Apartheid.

Ha habido, sin duda, un amplio debate en torno a esta política. Los críticos más duros llegaron a calificar a la Comisión de la Verdad como la "Comisión Klennex", la comisión de las lágrimas. Los más favorables, entre quienes me encuentro, consideramos que la catarsis colectiva en torno a las políticas públicas de perdón y reconciliación, le permitieron a Sudáfrica superar siglos de separación de razas, con todas sus secuelas de dolor ancestrales.

En Colombia debemos combinar el modelo de "justicia transicional" que nació en América Latina tras la caída de los gobiernos militares en Chile y Argentina, con la "justicia restaurativa" en su versión sudafricana. La una pone el acento en los derechos de las víctimas a la verdad, la justicia y la reparación, y la otra en la reconstrucción del tejido social y la reconciliación nacional. Sin una y otra el proceso colombiano quedaría cojo.